

# Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

## MUNDO NEXO 1 - MINE

Está anocheciendo, el sol, más grande e inmenso que en ningún otro sitio en el que haya estado se empieza a ocultar, dejando una estampa que ningún pintor podría plasmar jamás, un cielo ámbar que le otorga a este valle un color que jamás había visto, realmente precioso. Sigo caminando entre la hierba alta y una gran variedad de flores silvestres que desconocía, las miro todas detenidamente, pero no consigo distinguir ninguna conocida, lo cual tampoco debería extrañarme, al fin y al cabo, estoy muy lejos de casa, de cualquier lugar conocido, debería alegrarme, ya que el hecho de que no haya nada mínimamente conocido es lo que cabría esperar de un rincón tan oculto como éste, es justo lo que necesitamos, solo espero que sea el lugar correcto y en algún lugar de este gigantesco valle vivan las tres hermanas.

Mi joven caballero sigue a mi lado, no se separa de mí en ningún momento, está demasiado demacrado, no le culpo, el peso de la responsabilidad que soporta sobre sus hombros es mayor aún que el de Atlas, tantas batallas le han dejado el cuerpo lleno de heridas y cicatrices, su armadura, tan reluciente y majestuosa, la cual yo misma le regalé cuando ocupó el puesto de su padre, al cual tanto le debía y apreciaba, está hecha añicos, apenas se mantiene pegada a su cuerpo, y su mente... tantas pérdidas y tamaña traición doblegarían el alma del más grande de los héroes. Él intenta mantener la mente ocupada protegiéndome de todo mal, tal y como le prometió a su padre aquel día, pero una vez llegamos aquí, “todo mal” debió quedar atrás, o al menos sufrimos todo aquello pensando que así sería.

Lo único que he podido salvar es el último recuerdo de mi madre, el gran libro que me regaló y del que nunca me despego y que tan útil me ha sido siempre.

De pronto mi joven caballero se para en seco y pone su mano izquierda delante de mí para que me detenga, mientras que con la derecha saca su mellada espada muy lentamente, todo eso sin hacer el menor ruido. Es curioso como con pequeños gestos o movimientos y una mutua confianza se puede decir tanto con tan poco. Él no hace ningún movimiento, se queda clavado como una estatua, no es la primera vez que veo esta forma de actuar, por desgracia, a la vez que le dice con la mirada y su espada a medio sacar de la vaina al desconocido que el menor movimiento sospechoso lo convertirá en su enemigo, a mí me dice donde está el motivo de su alarma.

Más adelante, en lo que parece un árbol llorón hay una extraña figura, no me había dando cuenta, ya que es muy pequeño, y parece llevar un abrigo que le oculta todo el cuerpo, unido a que está entre el tronco, en el cual apoya su espalda, y el sol del crepúsculo, bajo todas esas ramas le hacen casi del todo invisible, al menos a esta distancia y ángulo, si mi guardián no me lo hubiera señalado no lo habría visto hasta estar a escasos metros de él.

El pequeño fantasma negro sale lentamente de las ramas, hacía nuestra izquierda, para quitarse de la sombra y la luz del sol le bañe. Alza ambas manos y las sacude, dejando ver unos bracitos esqueléticos con la piel colgando típica de la tercera edad, pero lo que me llama más la atención es el tono de su piel, muy oscura, pero no un color natural, se me antoja al de una ciruela seca, un color que a la par que me sorprende me alegra. Espero de corazón que sea una de las tres hermanas. Agarro el brazo izquierdo de mi guardián y le asiento con la cabeza, él lo entiende y guarda su espada y finge relajarse, aunque sé que por dentro está más alerta que si nos hubiéramos topado con una jauría de lobos huargo. De lo cual tampoco le culpo, ya que yo estoy pensando exactamente igual, pero hemos llegado muy lejos para obtener respuestas, es absurdo dar ahora marcha atrás. Tras repasar mentalmente lo poco que sabemos de ellas y todo aquello de lo que quiera hablar con ellas, comienzo a andar despacio hacia ella, o espero que sea ella.

Mi guardián va detrás de mí, a una distancia prudencial, si es quien creemos debemos tratarla con respeto y no parecer amenazadores, pero también debe estar lo suficientemente cerca para actuar en caso de necesidad. Mientras nos acercamos, la pequeña ancianita comienza a acercarse también, lo cual me extraña, si es quien creemos lo normal sería que actuara con más altanería, pero

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

cuanto más nos acercamos más logro discernir una boca con pocos dientes y una risita incesante, lo cual me pone aun más nerviosa. Comienzo a pensar en miles de posibilidades, de quien puede ser, si es quién yo creo por qué actúa así, de qué haré si no estamos donde deberíamos y esto no es más que otra trampa... Hasta que sin darme cuenta me pongo a un par de metros de ella. Nunca he sido alta, tampoco me he considerado bajita en comparación con la mayoría del resto de mujeres, pero tampoco alta, por eso me sorprende ver que esta extraña anciana apenas me llega a la cintura. Quiero iniciar la conversación presentándome y siendo tan respetuosa como si estuviera antes uno de Los Doce, y salir de dudas, saber si es a quien busco, pero ella se me adelanta.

—Lo soy —Dice la pequeña anciana entre risas.

Desde que estoy lo suficientemente cerca como para oírla, no ha parado de soltar esa risita, la cual me empieza a irritar. ¿Me está dando a entender que mi situación le parece cómica? ¿O que haya venido a ella? Suponiendo que diga la verdad. No hace falta que me dé la vuelta para darme cuenta de que mi guardián está tan molesto como yo.

No quiero que ese “Lo soy” sea la respuesta a otra pregunta que ella se esté imaginando, así que lo pregunto en voz alta sin reparos.

—Mi Señora, mi acompañante y yo venimos de muy lejos hasta esta tierra porque andamos buscando a las Tres Tejedoras. ¿Es usted una de ellas? — Le pregunto conservando aun una postura solemne como bien he aprendido a aparentar en cualquier situación en las últimas décadas.

—¿”Mi Señora”? — Pregunta intentando sin éxito contener una carcajada — Vamos, vamos, jovencita, no hace falta que me trates con tanta formalidad. Te has ganado con creces poder tutearme a mí y a mis hermanas. Tengo que reconocer que tu historia es una de mis favoritas — Dicho esto le guiñó un ojo y volvió a soltar su risita “jijijijijijiji”. — Y como ya te he dicho antes, sí, lo soy.

Tengo que admitir que esta respuesta me ha tranquilizado un poco, aunque no a mi guardián. A él nunca le hizo mucha gracia jugar con el destino, si bien aceptó ya que la otra opción era mucho peor. No pondrá objeciones, pero no estará tranquilo hasta salir de esta tierra, lejos de estos tres seres que hasta Los Doce temen.

—Habéis dicho “mi historia”, ¿significa eso que sabéis quién soy y el motivo de mi presencia aquí? — Pregunto sin rodeos.

La anciana vuelve a soltar su risita y contesta:

— Pues claro, mi pequeña y dulce Mine. Pobre de ti si no pudiera responderte ni a esto, ¿verdad? — Respondió mostrando sincero orgullo.

—¿Nos ayudarás, pues? — Pregunto con el corazón en un puño.

—Pues claro. — Respondió entre risitas mientras me cogía la mano derecha y me la acariciaba con dulzura.

Lo cual no me hizo demasiada gracia, el saber quien era no hacía más que mantener en lo más alto mi sentido del peligro, aunque si bien no parecía una amenaza en lo más mínimo, si al menos una de cada cien historias que cuentan de ellas es cierta, debo desconfiar de cada una de sus palabras.

—¿Cómo iba a negarle tan poca cosa a la niña de los ojos de Padre? — Dijo mientras me soltaba la mano y se daba la espalda.

No sé que me preocupó más, si la impresión de que le molestara que el Padre de Todos me hubiera cogido algo de cariño, o el hecho de que no hubiera soltado su risita ni antes ni después de ese comentario.

—Vamos, no os quedéis ahí pasmados, tenemos mucho de lo que hablar, ¿no querréis estar todo el rato ahí de pie y sin algo de comida en el estómago, ¿verdad? Estáis los dos demasiado delgados, pero no os preocupéis, mis hermanas y yo os pondremos bien gorditos. — Dijo con una sonrisa más propia de una niña traviesa que de una anciana, y esta vez, sí que vino acompañado de su risita.

La cosa parece avanzar favorablemente, así que me relajo un poco, la anciana va avanzando a paso lento, directa a la que estoy segura que es nuestra única esperanza, o mi mayor error, pero

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

como ya me dijeron una vez, hay que tener fe. Me dispongo a ir tras ella a una distancia prudencial cuando mi guardián me coge del hombro y me para en seco, y veo en sus ojos la más clara estampa de la preocupación, preocupación por mí, ahora mismo sé que no piensa ni en el futuro del mundo ni de su familia, solo en mi seguridad. No puedo evitar esbozar una sonrisa, hasta en eso es igual que su padre.

—Su Divinidad, aún estamos a tiempo para dar marcha atrás. Sé que nuestra situación es desesperada, pero no podemos depositar ninguna esperanza en las Moiras, hasta los más pequeños saben que todo cuanto dicen tiene más de un significado, y que siempre van a manipularte y engañarte. Sea lo que sea que nos digan es más probable que nos perjudique a que nos ayude. — Dijo tajantemente. Acto seguido me coge del otro hombro, se acerca su cara a la mía y me mira a los ojos. — Soy consciente de que nada de lo que le diga ahora la hará cambiar de parecer, pero al menos, permítame ir yo primero y que sea yo al que engañen. Si usted toma la información por mi boca y no por la suya, y sin ellas presentes a ser posible, podrá juzgar correctamente y ver dónde está la trampa. Por favor. — Suplicó con la cabeza agachada.

—Sé que lo dices de corazón, y que seguramente no te falte razón, pero no olvides quienes son, no tolerarán este desaire, debo ser yo la que esté en primera fila y razonar con ellas si es necesario, es mi posición la que nos ha abierto esta oportunidad, no podemos echarla abajo antes de comprobar si ellas nos pueden decir lo que queremos saber. — Le pongo la mano izquierda en una mejilla, y le beso la otra. Él asiente y se resigna, ya que sabe que lo que digo es verdad.

Me dispongo a seguir a toda prisa a la anciana, que mientras hablábamos ha debido alejarse, pero no, está al lado del árbol llorón, esperándonos. Cuando ve que hemos terminado continúa caminando sin hacer ningún comentario. Esperaba que nos preguntara el motivo del retraso, pero si lo que dicen es cierto y ellas lo saben todo, no haría falta que preguntara.

La seguimos durante un buen rato, parece que adonde quiere llevarnos está más lejos de lo que creía, durante el trayecto no nos da conversación alguna, por la imagen que había dado en nuestro primer encuentro supuse que no dejaría de hablar, pero ha sido todo lo contrario, no ha abierto la boca en ningún momento, y yo no me he atrevido a iniciar ninguna conversación, no sé bien si por el respeto o el miedo que me infunde. Así que durante el rato que pasamos caminando en silencio, me dedico a contemplar la naturaleza de este pintoresco lugar. Hay vastas extensiones de tierra con todo tipo de flores extrañas, pero hasta ahora el único árbol que he visto ha sido el llorón que estaba cerca de la puerta. A lo lejos, en el que según el sol sería el oeste, hay una montaña que llega más allá de las nubes, de la que cae una descomunal catarata que forma un gran lago en la parte baja del valle. Lo curioso es la falta de animales, no hay ni insectos alrededor de las flores, ni pájaros en el cielo, ni una triste liebre entre la hierba. Pero lo más inusual sin duda eran las raíces, raíces que salen del suelo, de toda clase de tamaños, desde pequeña del tamaño de mi brazo, hasta otras que en un principio confundí con montañas a lo lejos.

Cada instante que pasaba allí me generaba más y más preguntas, pero no me atrevía a formularle ninguna a la anciana por miedo a parecer una ignorante. Tonta de mí, eso lo único que hacía era mantenerme en la ignorancia.

Seguimos avanzando hasta lo que parecía un pequeño campamento, con una sencilla tienda al lado de una gran fogata, una gran mesa de madera a unos metros de esa fogata en la que ya estaba puesto el mantel, cinco vasos, cinco platos y una gran botella en el centro. Pero antes de percatarme del número de platos y vasos, vi a unos metros detrás un enorme telar, del tamaño de una palmera ya crecida. Los dibujos que llevaba el tapiz que se estaba confeccionando en el telar no tenían sentido, era una amalgama de colores sin orden ni sentido, y así toda la tela que llegaba a ver, que no era poca, era una tela continua, la parte terminada se tendía en el suelo, algunas partes estiradas y otras dobladas, pero se veía como duraba la tela ya terminada a lo largo y ancho del gran espacio llano en donde estaba el campamento, la tela podía tener una longitud fácilmente de varios kilómetros, aunque no me paré a buscar el fin de la tela, así que no sé hasta qué punto de largo es.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

A los pies del telar, tejiendo estaba otra extraña figura, también cubierta por un manto oscuro que la cubría de arriba abajo, cuando nos acercamos, gira la cabeza lentamente hacia nosotros, que estamos a su espalda, y se levanta lentamente, agarrándose los riñones, debe de haber estado tejiendo mucho tiempo. Se yergue y se oye un crujido en sus caderas, lo que parece aliviarla un poco, una vez relajada toma una postura que será la más natural para ella, aunque no parece nada natural, ya que la curva que le hace su espalda en la zona de los hombros es demasiado anormal, la cual destaca más si cabe con un cuerpo delgado y alargado muy parecido al de un suricato. Se da la vuelta y nos mira atentamente, se gira y coge unas grandes tijeras de la mesa, y saca un largo hilo más grueso de lo normal del telar y lo corta, con un movimiento muy hosco, como si en lugar de cortar un simple hilo cortara la cuerda de un piano. Vuelve a meter el hilo cortado en el tapiz y se vuelve hacia nosotros otra vez, y esta vez viene con gran tranquilidad hacia nosotros. A diferencia de la que ya conocíamos, ésta es muy alta, creo que le saca unos cuantos dedos a mi guardián, que no es precisamente bajo. Tiene una nariz larga y picuda, y una dentadura poco cuidada con dientes torcidos, pero parece tenerlos todos, a diferencia de su hermana. Nos examina minuciosamente y deja escapar un chasquido de lengua.

—Menudas pintas, ¿así venís a pedirnos un favor? —Nos dijo a ambos, claramente enfadada, centrándose en mí.

Es cierto que nuestro aspecto dista mucho de adecuado para presentarse ante nadie, mucho menos de alguien de categoría. Originariamente nuestro atuendo era imponente, yo llevo un vestido de color esmeralda con una capa de color verde hoja, con el símbolo grabado de la espada delante del escudo con un casco pintado. También llevo grebas bañadas en plata para protegerme las piernas, los zapatos de los pies tuve que quitármelos, era imposible correr con los dos puestos, así que solo llevo sandalias, perdí la escarcela de la cintura y el peto del pecho en la batalla, pero aún conserva las hombreras y guanteletes, desde un principio no llevé cimera en el cuello ni casco en la cabeza, en la que solo lleva un armatoste que llamaban corona, aunque nunca me lo pareció ni consideré adecuado llevarlo. Así que llevo algunas partes de armadura y otras no, la ropa hecha jirones y mucha sangre seca por todo el cuerpo, el pelo hecho un asco, como era de esperar, y con más mugre que piel en la cara. El caso de mi guardián es peor todavía, conserva casi toda su armadura, salvo el casco, pero decir que la mayor parte estaba colgando no era exagerar, estaba agrietada por todas partes, con daños especialmente graves en el hombro derecho y su costado izquierdo, aunque afortunadamente, según él, gracias a la calidad de la armadura y la cota de mallas que lleva debajo no recibió más daño que el de un buen puñado de moratones. Lleva barba de varios días y un pelo más largo de lo normal en él, que le llega a tapar los ojos, y está tan mugriento como yo, también tiene mucha sangre seca por todo el cuerpo, aunque afortunadamente en su caso, no es suya. Su armadura originalmente estaba bañada en plata, y lleva una capa rojo oscuro hecha jirones, con las dos grandes espadas negras, únicas que le dio el Guardián de las Almas a su padre. Dos espadas, con una longitud similar a la de sus piernas, sin contar el mango, con una forma poco frecuente, con el filo muy inclinado hacia delante haciendo una curvatura hacia atrás hasta la altura del mango, con filos como dientes en la parte más extrema, acabada en punta, siendo una espada de doble filo.

—¡Laquesis! ¿Qué horas son estas? —Le espeta a su hermana, que se ha puesto entre ella y yo sin que me diera cuenta siquiera.

—Oh, por favor, no seas tan gruñona, Átropos. —Le responde su hermana haciendo un gesto con la mano, moviéndola de arriba abajo, sería, pero no enfadada. — Y menos con unos invitados, para una vez que tenemos unos. — Dijo mientras hacía un desaire de exasperación.

— Deberíais haber llegado hace horas. — Le increpa Átropos a su hermana.

— Tenemos todo el tiempo del mundo, no es que fuera a anochecer por llegar un poco más tarde, ¿verdad? —Responde con tranquilidad Laquesis.

Ahora que dice eso me doy cuenta de que el sol no se ha movido en estas horas, hace tiempo que debería haber anochecido del todo, pero sigue estando el sol a medio ocultarse.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

—No, pero habíamos acordado su llegada a hace más de dos horas, debes mantener tus promesas, por nimias que sean. —Dijo aun con todo enfadado. —El tiempo nunca es eterno, ni siquiera para nosotras, ya lo sabes.

—Supongo que sí, de todas formas no habríamos empezado hasta que hubieras terminado con la historia de ese mortal, ¿no es así? Así que en realidad no hemos perdido tiempo, ya que acabas de terminar. —Sentencia con una sonrisa de orgullo en la cara. Se ve que todo el camino tan largo y tedioso hasta aquí no ha sido más que para que pudiera ganarle esta pequeña batalla a su hermana.

—Átropos suelta un bufido despectivo por la boca, pero no continua con la pelea fraternal. —Sí, de acuerdo, pero podías haber dedicado ese tiempo a dejarlos más presentables.

—¿Le vas a echar en cara su aspecto? Sabes tan bien como yo a que se debe. —Responde, esta vez sí algo molesta.

—Bah. —Soltó mientras se daba la vuelta, refunfuñando cosas que no podía distinguir. —Llévalos dentro de la tienda, Cloto lleva ya dos horas esperando con todo listo para tratar al muchacho, sería una tontería que muriera ahora innecesariamente. —Dijo mientras se dirigía otra vez hacia el pilar.

—¿“Tratar al muchacho”? ¿“morir”? — Pienso alarmada.

Me giro hacia mi guardián para saber a qué se refieren, pero él me evita la mirada.

—¿¡A qué se refieren!?! —Le espeto a mi guardián.

—No es nada, ya está cerrada. —Me asegura, aunque sin mirarme a la cara, lo cual le delata.

—Has cerrado el orificio para que la sangre dejara de salir, pero no la herida en sí. —Interviene Laquesis. —Se te está pudriendo todo por dentro, lo sabes perfectamente. — En cuanto se lo dice del todo sería le coge del brazo derecho y lo arrastra hacia la tienda, donde según Átropos aguarda la tercera de las hermanas.

Los sigo más asustada que cuando vimos a Laquesis por primera vez. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta de su estado? ¿Por qué no me dijo nada? Sé que no estoy en mi mejor momento, pero al menos podría haber mitigado su dolor. No, seguramente ni de eso sería capaz ahora, estoy demasiado mermada, ha debido callarse para que no hiciera más de la cuenta. Cuando se mejore tendré que darle un buen sermón.

Los tres entramos en la tienda casi a la vez, una tienda que parecía para una única persona, y que no creía que los tres pudiéramos entrar a la vez, pero al entrar el espacio era considerablemente más grande de lo que se veía desde fuera. Era perfectamente comparable con el salón de un castillo en el que viviera una familia real. No distinguía de que estaban hechas las paredes, ya que las cubría una especie de niebla negra, al menos las partes que no estaban cubierta por otro tapiz, tan grande como el que había visto fuera, pero parecía otro, la gama de colores era ligeramente diferente, de eso sí me había dado cuenta, aunque no veo por ninguna parte el telar en el que lo han confeccionado. El resto de la estancia está cubierto con cientos de estanterías, apiladas unas con otras, con todo tipo de objetos en ellas, libros, pequeñas estatuas, objetos de toda índole de los cuales muchos no los había visto nunca. Entre ellas había objetos más grandes como estatuas de bronce, pieles de animales de todo tipo, una enorme calavera de dragón con docenas de cuernos y otros huesos de criaturas que no puedo distinguir, había incluso un esqueleto completo y de pie de una criatura imposible, grande como un elefante, con la cabeza de un gran felino, con las patas delanteras que parecen unas enormes alas de murciélago, la cola parece una larguísima serpiente, y levantado por unas patas traseras que parecen de un toro gigantesco. En el centro de esta extraña sala, había flotando una esfera de luz que iluminaba toda la sala. Y bajo ella, la tercera de las hermanas, al lado de una enorme mesa con un fino colchón sobre ella y con un mantel blanco encima. La tercera de las hermanas tenía un aspecto más humano. Es un poco más alta que yo, erguida como una persona normal, y con unos andares más propios de una mujer de la aristocracia que sin duda el de sus hermanas. Y a diferencia de éstas, ella si llevaba la cabeza al descubierto, se le veían unas facciones muy hermosas aunque con el tono de piel antinatural de sus hermanas.. Con un cabello corto y plateado, que le bajaba poco más de las orejas, peinado con una raya en medio y un corte en las

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

puntas simétrico, y con los ojos en todo momento cerrados. Su ropa era la misma que la de sus hermanas, pero sin la capucha puesta y las mangas recogidas hasta los codos parecía bastante diferente. Se acerca a nosotros con cierta prisa pero manteniendo la compostura.

—Sed bienvenidos los dos, es un placer conoceros en persona por fin. —Saludó con total cordialidad y formalidad, inclinando levemente la cabeza incluso. — Me llamo Cloto, la menos de las tres. — Dijo mientras soltaba una risita, parecida a la de Laquesis, pero esta solo destilaba dulzura.

—Es un honor. —Respondo automáticamente. Pero al instante recuerdo la situación, y no puedo evitar aparentar otra vez mi preocupación.

—Vamos, Cloto, querida, que no estamos para tanto formalismo, que el muchacho se nos va. — Interviene Laquesis, con más tranquilidad de lo que debería por lo que ha dicho.

—¿Y de quién es la culpa, hermana? —Le responde con cara y tono de reproche.

—Oh, vamos, no empieces tú como Átropos. —Dijo a la defensiva. —Lo tienes todo preparado y el muchacho ni ha perdido aún el conocimiento, así que tienes tiempo más que suficiente.

—Sí, pero más ajustado de lo que me gustaría. —Dijo Cloto con el entrecejo fruncido. —Por favor, tumbate en la mesa — Le dice con total tranquilidad a mi guardián.

—¡No! —Dijo tajantemente mi guardián. —¿Esperáis que ponga mi vida en manos de las que las arrebatan? —Dijo notablemente enfadado.

—No te confundas muchacho, de eso se encarga Átropos, pero aunque fuera el caso no tienes mucho donde elegir. O nosotras o tu señora, y todos sabemos que ella no es una opción en su estado. —Dijo Laquesis visiblemente ofendida.

—Tranquila, hermana, es una reacción normal. —Dice Cloto con tono conciliador. —Pero ella tiene razón, caballero, no tienes opción, sabes que si no haces nada esa hemorragia interna te matará, ¿y qué será de Mine sin ti? No podrá cumplir su cometido ella sola, ni siquiera en plena posesión de sus facultades.

Se hace un silencio sepulcral. Las dos hermanas permanecen inmóviles y aparentemente tranquilas, supongo que seguras de que tienen toda la razón o se las puede rebatir. Yo no podría, es cierto que yo sola no podré hacer nada aunque tenga los medios, lo necesito a él como necesité a su padre hace ya tantos años. Y él también lo sabe, sabe que debe vivir como sea para protegerme y para cumplir con su deber... y su venganza.

A regañadientes acepta y se tumba en la mesa. Cloto le da un vaso con lo que parece agua, pero ella dice que es para el dolor, él se lo toma aunque después de pensárselo mucho, y a los pocos segundos cae redondo. Cloto acude de inmediato a tranquilizarme, y entre ella y yo le quitamos la armadura. Su estado es aun más deplorable de lo que me temía, y tiene una gran herida a la altura del riñón izquierdo, el arma que lo atravesó lo hizo desde el estómago, al parecer, gracias a su musculatura no consiguió atravesarlo por completo, pero si rasgó su riñón y seguramente más.

No recuerdo que hubiera sido herido ahí, debió enfrentarse a alguien muy hábil antes de reencontrarnos en la salida de la torre. No ha podido hacérsela en ningún otro momento, no nos hemos separado desde entonces. ¿Ha estado desde entonces con esa herida? ¿Y cómo se la cerró él solo?

—Láquides soltó su risita, la cual hacía mucho rato que no soltaba. —El muy burro usó una antorcha para dejar un pedazo de metal de la coraza de un caído al rojo vivo, y se lo estampó en la herida sin más, sí, así la cerró, pero hay remedios peores que la enfermedad.

—Un método drástico, sin duda, y también arriesgado, pero gracias a eso se ha mantenido con vida hasta ahora, por eso vuestra llegada ha sido posible. —Me dice Cloto intentando quitarle hierro al asunto y tranquilizarme.

Yo asiento con la cabeza, y no paro de recordar todo lo que ha pasado desde entonces, y se me hace un nudo en el estómago al pensar que todo este tiempo ha estado sufriendo esa herida en silencio por mí.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

Mientras le doy vueltas a este asunto, Cloto se acerca a mí, sin mediar palabra me palpa todas las partes del cuerpo, en especial el estómago y entre los pechos, las dos partes peor paradas, pero no las únicas. Da un suspiro y dice:

—Tú estás peor aún que él. — Me dice aparentando al menos preocupación.

—No es nada que no se arregle durmiendo, ya he tomado medidas. — Le respondo.

—Ni de lejos las suficientes. La mayor parte del daño físico está curado, no todo, pero lo más importante sí. Pero el problema es el daño espiritual que has encajado. No deberías haber protegido así a tus eidolones. —Me recrimina sin reparos la joven moira.

—Dadas las circunstancias no tuve más remedio. —Respondí a la defensiva.

—Claro que sí, los eidolones son inmortales, solo habrían vuelto a su espacio astral, no habrían muerto. —Me recrimina esta vez Láquides, visiblemente enfadada.

—Puede que no, pero sí sienten dolor, y no tengo por qué excusarme, hice lo que debía y no me arrepiento, sobreviviré a esto. —Dice tratando de parecer autoritaria, pero lo cierto es que empezaba a asustarme, y creo que se me notó en la voz.

¿Por qué se enfadan por eso? Es cierto que fue un riesgo en verdad innecesario, pero me sorprende que les moleste de verdad. Se supone que ellas lo saben todo, lo que va a pasar y lo que ya ha pasado, y también el porqué, ¿así que por qué parecen alteradas? ¿No sabían que iba a hacer eso y que llegaría hasta aquí?

—En fin, empezaremos por el joven, pero tú mientras tanto tendrás que dormir. —Dijo y acto seguido sacó una pequeña bolsita de un bolsillo a la altura de la cadera del cual empezó a salir un humo verdoso, de un tono similar al musgo.

Ni Cloto ni Láquides se inmutaron, así que no me preocupé demasiado, pero al poco tiempo empecé a sentir sueño y como me fallaban las piernas. No recuerdo siquiera el momento en el que me caí al suelo.

Cuando desperté, estaba en una sala diferente, en una cama amplia y mullida, llena de cojines, y aroma fresco que no reconocía llenaba la habitación. Me desperté completamente perdida, creyendo incluso, no sé porqué, que estaba en mi vieja choza, allá hace tantísimos años, donde él me recogió y me cambió la vida. La desorientación solo duró unos pocos segundos, tiempo que tardé en colocar todas las piezas y recordar dónde y por qué perdí el conocimiento. Me levanté de un salto y miré a mi alrededor, estaba en una habitación de piedra maciza grisácea, amplia y llena de muebles conocidos, una mesita con rosas en un macetero, y también unos cactus en la ventana, una silla para recostarse, espejos y dos armarios, con elaborados trazados. Había una ventana en la que entraba el sol y una leve brisa, el tono que entraba por ella no era amarillento del crepúsculo que recordaba, sino el claro azul de un día despejado de primavera. Me dispuse a salir cuando me di cuenta de que estaba desnuda, no sé bien por qué a estas alturas y en esta situación eso me pareció importante, pero busqué mi ropa, pero no estaba en ninguna parte, supongo que la tirarían, estaba hecha un asco, y en los dos armarios solo había un único vestido con sus adornos, y unas sandalias a juego, de color verde hierba, mi favorito. Me lo puse todo y me miré en el espejo, me sentaba muy bien, además de que se me ajustaba bien, tenía las medidas exactas de mi cuerpo, hecho que ya a estas alturas no me sorprendía nada. Me sentí otra vez como una jovencita en la flor de la vida, aunque en cierto sentido se podría decir que sigo en ella, ya que aunque estoy ya en la cincuentena ya que mi cuerpo dejó de envejecer con poco más de veinte años. Aunque siempre me ha entristecido ver como todos envejecen salvo yo, y me da miedo ver como todos irán dejando este mundo mientras que yo seguiré en él varios siglos, en ciertos momentos me alegro de ser siempre joven, con el cuerpo de una anciana no podría haber sobrevivido a todo eso, casi me arrepiento de haber rechazado la inmortalidad.

Salí al patio, un lugar precioso, muy espacioso, desde donde veía que estaba un gran palacio, no conseguía distinguir su diseño, no podría compararlo con cualquiera que haya visto hasta ahora, y he visto muchos, aunque solo estoy viendo una pequeña parte y desde dentro, tendría que verlo desde lejos para poder juzgar mejor, miro a lo lejos, pero no veo nada, absolutamente nada, no hay

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

ningún pueblo a los pies del castillo, ni murallas, ni nada, solo aire, ni siquiera hay suelo alguno, solo se ve una espesa niebla que lo cubre todo; niebla o nubes. ¿Estamos en un castillo en mitad del aire? No, si me fijo bien, a lo lejos se ven enormes montañas que nos rodean por completo, algunos deben de ser volcanes, porque me parece ver rojo fluyendo en varias.

Mientras empiezo a preocuparme oigo un ruido familiar, es el que hace una espada al cortar el aire, el que hace un espadachín cuando practica con su espada moviéndola de arriba abajo, como si cortara algo invisible por la mitad. Voy corriendo por la esperanza de ver a mi joven guardián, y allí está, practicando como imaginaba al lado de una gran fuente rodeada de todo tipo de flores que le daban al lugar un colorido muy alegre. Cuando me acerco veo que está muy cambiado, está entrenando con solo unos pantalones y unas botas puestas, tiene todo el torso desnudo, y veo que ha ganado peso, y también que la mayoría de las heridas y cicatrices más recientes han desaparecido por completo, es más, la herida que casi le mata no le ha dejado ni señal. Se ha cortado el pelo, lo tendrá como mucho de largo como el grosor de un dedo, y está afeitado. Al acercarme gira la cabeza con brusquedad hacía mí y se forma en su cara una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Su Divinidad! —Me grita de alegría, suelta la espada y viene hacia mí corriendo.

Al principio me dio la sensación de que venía a abrazarme, lo cual me hizo sentir incómoda, pero cuando llegó a un par de metros de mí, se puso de rodillas, inclinó la cabeza y me dijo:

—Cuanto me alegro de volver a verla despierta, Su Divinidad. Empezaba a preocuparme de verdad. — Dijo sin dejar de sonreír, lo cual es poco frecuente en él.

—¿De verdad? ¿Cuánto tiempo he dormido? —Le pregunté con curiosidad sincera.

—Cuando yo me desperté hará cosa de cuatro meses ya estaba completamente dormida. Si las Moiras no me mintieron, lleva durmiendo medio año. — Me lo dijo automáticamente, ha debido imaginar esta conversación infinidad de veces.

—¿¡Medio año!?! — Pregunto exaltada por el miedo. —¿¡Cómo he podido dormir tanto tiempo!?! ¿¡Qué demonios me hicieron!?! ¿¡Por qué no me has despertado antes!?!

—Por favor, Su Divinidad, no se altere. — Dijo mientras se levantaba y ponía los brazos en posición defensiva. — No pude despertarla, además, sea lo que sea lo que le hicieron le sentó bien, mírese, está como nueva.

Es cierto que me siento con fuerzas renovadas, física y mentalmente totalmente recuperada, como no me había sentido en muchos años, pero aún así ha sido demasiado tiempo.

—Además, las moiras me dijeron que no debemos preocuparnos por el tiempo, no quisieron especificarme a qué se referían, pero dado que nos han curado, es de suponer que no nos quieren ver fallar en nuestra misión, o que ese no es nuestro destino. — Me dijo intentando tranquilizarme, aunque no lo consiguió.

—Las moiras, es cierto, ¿dónde están? — Pregunto con un tono más autoritario del que quería. Con lo extraño que me resulta todo no había caído en su ausencia.

—No lo sé, Su Divinidad, cuando desperté, solo estaba la menor de ellas, pero en cuanto me dijo que ya estaba curado y que usted todavía tardaría un tiempo en despertar, se marchó. No sé a dónde, pero antes de desaparecer me dijo que volvería en cuanto usted despertara, así que supongo que aparecerán pronto. — Dijo aparentando tranquilidad.

Estos meses de paz le han debido sentar bien, no lo veo tan estresado como antes, y como se ha recuperado físicamente, lo veo tal y como era antes de que se torciera todo.

—Supongo que no tiene sentido ponerse a divagar, dudo mucho que dé con el motivo de en dónde estamos y por qué. — Le digo mientras observo los alrededores. — ¿Has investigado los alrededores del castillo? — Le pregunto sin demasiadas esperanzas.

—Solo desde las almenas, no se ve nada más que una espesa niebla en los alrededores, ni se oye vida animal alguna. No he explorado por el riesgo que supone salir a territorio desconocido sin protección ni arma alguna. Además, no quería alejarme demasiado de usted. — Me dijo en tono de disculpa.

—Fue lo más sensato, hiciste bien. — Dije para tranquilizarlo.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

—Su Divinidad, debéis tener hambre y sed, os llevaré hasta el comedor, la despensa está bien abastecida de todo tipo de comida. No soy un gran cocinero, pero puedo prepararle algo sencillo. — Se ofreció amablemente mientras se levantaba.

—La comida sencilla es mi favorita, guíame. — Le respondí.

Lo cierto es que aún no he sentido ganas de comer, pero si he estado tanto tiempo dormida, mi cuerpo necesitará alimento, aunque no parece que esté en absoluto desmejorada, es más, me palpo el estómago y creo que he ganado algo de peso. ¿Qué me habrán hecho las moiras?

Mi guardián se viste y me guía a través del jardín y unos largos pasillos, salimos otra vez al exterior para coger un atajo hasta el comedor y nos encontramos a las tres hermanas sentadas en una larga mesa rectangular con sus platos y vasos ya puestos. Cuando nos ven se levantan y Láquides nos indica con la mano que vayamos a acompañarlas.

—Buenos días, bella durmiente, ¿qué tal ese sueño reparador? — Me dijo Láquides mientras soltaba su habitual risita.

—Supongo que reparada es la palabra más adecuada. — Le respondo, y ella suelta otra vez su risita, mostrando su satisfacción.

—Por favor, sentaos. — Nos dije Cloto mientras nos señala con la mano derecha nuestros asientos. — Recién levantada no podrás comer mucho, ni comida pesada, pero te he preparado una buena comida variada que te dejará satisfecha. — Me dice mientras me sonrío de forma muy afable.

—Sois muy amable, será un placer degustar su comida. — Respondo intentando sonar todo lo humilde posible.

—¡Ja! Sí, todo un placer, no actúes con nosotras como lo hacías con tus adoradores, muchacha. — Me increpa Átropos, con su mal humor habitual, que creo que es permanente.

—Ya estamos, ¿de verdad tienes que ser tan arisca siempre? — Le suelta con desdén Láquides.

—No me gusta la falsedad, ya lo sabes, y tampoco perder el tiempo. — Le responde Átropos. — Así que vayamos al grano, empieza a preguntar, niña. — Me dice acercándose su cara y arqueando su ceja derecha.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no tiene ojos, no me había dado cuenta hasta ahora por lo tapada que va, y ahora que caigo, tampoco le he visto los ojos a Láquides y Cloto siempre tiene los ojos cerrados, ¿ninguna tiene ojos?

—Cloto suelta un suspiro. — Siempre tan directa, al menos esperad a que traiga la comida, que para algo la he hecho.

Cloto entra en la cocina a por la comida, mi guardián la sigue para ayudarla, pero yo creo que lo hace más para ver si no sirve nada raro que por amabilidad hacia ella. Ambos vienen cargados con platos de sopa de verduras y agua, después traen lo que parece ser un cochinillo asado, pan, y frutas variadas. Nada del otro mundo, por lo que veo, aunque lo prefiero así. En cuanto Cloto y mi guardián se sientan, veo que las miradas de las tres hermanas no enfocan la comida, sino a mí. Están esperando mis preguntas, así que no las haré derogar. Pero no empezaré por lo que más me importa, les haré preguntas de todo tipo antes para intentar discernir cuando mienten y cuando no, todos tienen algún tic o gesto que nos indica cuando miente, mirar levemente abajo, acariciarse las manos, rascarse una oreja... Si veo que cualquiera de las tres tiene alguna señal de cuando mienten, podré juzgar bien en las preguntas que realmente importan.

—De acuerdo, primero me gustaría saber dónde estamos. Es obvio que no es el lugar en donde las encontramos, así que me gustaría saber dónde estamos y cómo llegamos aquí. — Pregunto sentada recta, con las manos en las rodillas, todo lo educada que puedo ser.

—¡Ja! Gané, así que empiezo yo, sin rencores, ¿eh? — Les dice Átropos a sus hermanas exultante y orgullosa. Es la primera vez que la veo sonreír.

—Ah, genial, muchas gracias, niña. — Me dice Láquides agitando los bracitos hacia el cielo claramente disgustada.

Cloto permanece en silencio, solo suelta un suspiro de decepción.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

—¿De qué habláis? — Pregunto sin molestarme en ocultar mi incredulidad ante esas reacciones y mi cierto cabreo.

—Hicimos una apuesta. — Me responde Cloto tranquilamente. — Mi hermana Láquides dijo que tu primera pregunta sería acerca de la situación actual en tu mundo, yo dije que lo primero que preguntarías es porqué los dioses te dieron la espalda....

—Pero yo dije que te irías por las ramas y preguntarías cualquier tontería como dónde estabas ahora, y he acertado, seguro que querías tantear el terreno para ver cuando mentíamos y cuando decíamos la verdad. — Me dice con una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo que ha ganado y que ha acertado.

Yo me ruborizo, ya que me ha leído la mente por completo, empiezo a decir una excusa, pero me callo, eso solo conseguirá empeorar aun más mi imagen ante ellas. No debo comportarme como una cría, es perfectamente esperable que se adelantaran a mis jugadas, pero aun así me molesta que se lo tomen a guasa.

—Curioso. — Interviene mi guardián. — ¿Una apuesta para ver quién acertaba? Yo creía que lo sabíais todo, ¿pero no sabíais qué era lo primero que iba a decir en esta conversación? — Les pregunta en tono jocosos. ¿Intenta provocarlas?

Láquides y Átropos empiezan a reír a carcajadas, mientras que Cloto solo sonrío y se tapa la boca por educación.

—Dime, chico, ¿qué crees tú que es el destino? — Pregunta Láquides.

Pero antes de que él pueda responder o Láquides pueda seguir hablando, Átropos estira su brazo derecho y lo pone entre Láquides y mi guardián, los cuales se callan al momento.

—¿Es esa tu primera pregunta, hijo del último Plutón? — Le pregunta Átropos con rostro serio, pero con la ceja derecha arqueada otra vez.

—¿Eso tampoco lo sabes? — Le responde mi guardián, él no es de los que se amedrentan ante nadie, lo sé muy bien, por eso mismo está aquí hoy. — Que demonios. Sí, es mi primera pregunta, ¿por qué no sabéis algo tan simple como el principio de una conversación pero sí sabéis quien es ella y de quién soy hijo? — Pregunta esta vez con el entrecejo fruncido.

Vuelvo a sentir miedo, hasta ahora nos han tratado bien, pero siguen siendo las moiras, las Tres Tejedoras, las que designan el destino de cada mortal desde que nace hasta que muere, y si lo que me dijeron es cierto, solo tienen que cortar el hilo de un mortal para que éste deje de respirar, no debería provocarlas así, si se ofenden y se vuelven contra nosotros nada de esto tendrá sentido y todo habrá acabado.

—Al final vas a caerme bien y todo, hijo. — Le responde Átropos, con una sonrisa cálida y una risita parecida a la de Láquides, salvo que ella se ríe diciendo “Jejejejeje” en vez del “Jijijijiji” de su hermana.

¿Ha salido bien la jugada? Láquides y Cloto tampoco parecen molestas, casi aliviadas me atrevería a decir. ¿Por qué?

—Hermanas. — Interrumpe Cloto antes de que ninguno podamos seguir la conversación. — Mucho me temo que aun no les hemos explicado a nuestros invitados las condiciones, así que deberíamos aclararlo todo antes de que sigan preguntando.

¿Condiciones? Maldita sea, entonces sí que nos van a pedir algo a cambio de la información, era de esperar, pero como hasta ahora no había dicho nada pensé que nos ayudarían sin más, pero no, nada en este mundo es tan sencillo, siempre hay que pagar por algo que quieres. El problema es qué pueden querer de nosotros unas diosas.

—¿Condiciones? — Pregunta mi guardián con el entrecejo arrugado. Ha dejado bien claro con una palabra y un gesto lo que pensamos.

—Aaaaaaaah... Es verdad, qué cabeza tenemos. Esto es lo que pasa por no tener prácticamente contacto con nadie que no seamos nosotras. — Dice Láquides echándose las manos a la cabeza.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

—Cierto, se me había pasado por completo, mira que acordarnos cuando ya habíamos empezado.

—Dice Átropos mientras gira la cabeza de un lado a otro, como diciendo que “no” a algo.

—El caso es que vosotros queréis que os desvelemos trazos de vuestro destino, pero una información tan valiosa, y que solo nosotras podemos ofrecer no se da así porque sí. — Nos dice Cloto.

—Para recibir, antes hay que dar, es una ley universal. — Dice Átropos serie y erguida, como dándose importancia.

—¿Y qué queréis a cambio? — Hago la tan temida pregunta, de la su respuesta dudo que nos guste ni un ápice.

—Bueno, no hace falta que os pongáis a la defensiva. No os vamos a pedir ninguna barbaridad ni mucho menos, es algo que podéis hacer sin reparos, no os perjudicará en lo más mínimo. — Nos dice Láquides acariciándose la barbilla.

—¿Y qué es lo que quieren? —Pregunto.

—Lo que más nos gusta: Historias. — Responde Láquides sonriente.

¿Historias? ¿Qué le contemos historias? ¿Qué clase de historias?

—Cuando llegamos aquí mencionaste que las “historia” de Su Divinidad era una de vuestras favoritas, ¿por historia os referís a la vida de alguien? — Pregunto mi guardián.

—Así es. — Responde Láquides junto con su risita.

—¿Historias? ¿La vida de alguien? ¿A ustedes? — Respondo un tanto irritada. — Sois las moiras, conocéis la vida de cada mortal desde que nace hasta que muere, de todos. ¿¿Qué historia podemos conocer que ya no conozcáis!? ¿La mía propia que es la única que podría contar de verdad usted misma dijo que ya la conocía! — Respondo aireada, la frustración me puede.

—Me temo que lo ha malinterpretado, o no nos hemos explicado bien. — Me dice Cloto. — No queremos que ninguno de vosotros nos cuente una historia, sino que escuchéis las historias de nuestra boca.

—¿Qué? — Respondo confusa.

—Átropos chasquea la lengua. —Como bien has dicho, nosotras conocemos todas las historias. Historias que es imposible que tú conozcas, historias que solo nosotras podemos conocer. Ese es nuestro destino, recopilar todas las historias, de principio a fin, con todas sus variantes, pero resulta un poco, por decirlo de alguna forma, triste que nos las guardemos para nosotras. Vosotros, los mortales, cuando tenéis una buena historia, sea real o ficticia, os gusta darla a conocer a todos, que todos conozcan la misma historia que vosotros conocéis, por el placer de compartirla simplemente, porque otros sepan lo que tú sabes, o para que disfruten con la historia que has creado, ya sea en poemas, libros, canciones. Lo hacéis de muchos modos distintos, eso es lo que nosotras queremos. Queremos que se den a conocer las mejores historias de los 9 Mundos. Y vosotros seréis los que las difundáis. Pero claro, historias hay más que estrellas en el firmamento, pocas son dignas de ser conocidas en su mundo de origen, mucho menos de ser difundidas por los 9 Mundos. Por eso las historias que debéis conocer son nueve, las historias de los mayores héroes de cada mundo, las que crearon una leyenda. Lo que queremos a cambio de nuestra ayuda, es que vosotros conozcáis y deis a conocer las historias de estas leyendas. — Nos dijo Átropos en tono solemne. Lo dice en serio, y parece que les es muy importante.

—¿Eso es todo? ¿Lo único que queréis a cambio es que demos a conocer en nuestro mundo la vida de esos héroes? — Pregunto mi guardián con escepticismo.

—Sí, tanto sus mundos de origen como el resto deben saber lo que hicieron y porqué lo hicieron. — Responde Átropos. — Así que debéis extender estas historias no solo en vuestro mundo, sino también en los demás.

¿En los demás? ¿Pero a qué se refieren con los 9 Mundos? ¿Acaso no hay solo tres, el de los hombres, el de los dioses y el de los muertos?

—¿A qué os referís por 9 Mundos? — Pregunto.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda - Libro 1

---

—Bueno, podéis llamarlos también 9 Reinos, si os resulta más fácil asimilar así el concepto. — Responde Láquides.

—Lo siento, pero no entiendo a qué os referís con esos mundos o reinos. ¿De qué se tratan? — Pregunto bastante confundida.

—¿Es esa tu segunda pregunta? — Me pregunta Átropos sonriendo como la primera vez.

No sé cómo responderle a eso, aún no tengo claro en qué consiste este trato, todo esto de los mundos o reinos me tiene muy confundida.

—Por favor, hermanas, solo los estáis confundiendo más. — Interviene Cloto. — Permitidme hacer un pequeño resumen conciso de la situación. Vosotros podéis hacernos preguntas, y nosotras os responderemos, pero a cambio tendréis que escuchar las historias que queremos contaros, aprendéros las, y divulgarlas en los 9 Reinos. Podéis hacernos preguntas antes o después del relato, sobre él o sobre el asunto que os concierne. Pero dejadme que os aclare algo, el número de preguntas no es infinito, pero no os diremos cual es el número máximo que aceptaremos.

Me dispongo a protestar, pero Cloto no me lo permite y sigue hablando.

—Y hay algo muy importante que debéis tener presente, todas estas historias os competen, por lo que debéis estar atentos a cada detalle, ya que todas estas historias están relacionadas con la vuestra. — Dice Cloto tan en serio que me lo creo.

Mientras asimilo esto último, Láquides y Átropos no dejan de reírse, no entiendo el porqué. ¿Acaso es una especie de trampa? ¿Cómo pueden estar relacionadas esas historias con la mía si se desarrollan supuestamente en otro mundo? No lo entiendo, pero ya me ha puesto trabas a la hora de preguntar cualquier cosa. Pero si estas historias me afectan de cualquier manera debo saberlo.

—¿Conocer estas historias nos ayudará de algún modo a solucionar el conflicto que nos ha traído aquí? — Pregunto mi guardián antes de que pueda reaccionar. — Y sí, es mi segunda pregunta.

—Sí. — Responde Átropos.

“Sí”, no dice en que nos ayudará, solo que lo hará. Así que solo responderán únicamente a la pregunta en sí. Mi guardián guarda silencio, lo ha entendido y no decide preguntarle cómo nos ayudará, creo que es lo más sensato. Pero si escuchar estas historias es la única condición que tenemos y sabemos que de algún modo nos ayudará aparte de las respuestas que nos den, es preferible hacer cualquier pregunta después, una vez tengamos la información y podamos reducir el número de preguntas a las indispensables. Además, si una pregunta ahora se resuelve durante el relato, habrá sido una pregunta malgastada. Mi guardián me mira con expresión seria, él también se ha dado cuenta, así me lo hace saber.

—De acuerdo, en ese caso dejaremos las preguntas para después. Oigamos primero la historia de la primera leyenda. — Digo mientras intento ponerme cómoda en la amplia silla que me han puesto con un gran cojín, y me sirvo algo de agua en mi vaso.

—Perfecto, pues como acordamos yo empezaré, y elijo la historia de “El mercenario”. — Dijo mientras se reía con su característico “Jejejejeje”.

—Que quede claro, la historia de “Los Mal’ach” es mía. — Dice Láquides poniéndose de brazos cruzados, dejando claro que no piensa ceder.

—En ese caso me pido para mí la historia de “El rey de los Alas Negras”. — Dice Cloto mirando a sus hermanas.

—¡Bah! — Suelta Átropos. — Ni que fuerais niñas peleándoos por unas muñecas.

—Yo solo lo dejo claro, no quiero que ninguna me la quitéis. — Dice Láquides alzando las manos a modo de inocencia.

Me resulta un tanto surrealista ver como tres diosas de un aspecto tan siniestro se pelean como quinceañeras por ver quién se queda con qué. No sé de qué modo nos puede ayudar esto, pero si solo tengo que escuchar nueve cuentos o nueve antologías, lo haré.

Átropos bebe un poco de agua, se aclara la garganta y empieza a narrar: